

La ciudad que apagaba la luna

En Claror las noches brillaban más que los días.

Había farolas en cada esquina, rótulos que nunca dormían y focos que iluminaban incluso los tejados vacíos. La gente decía que así la ciudad era más moderna.

Pero Laia nunca había visto la Vía Láctea. Tampoco había visto ningún búho. Y empezaba a sospechar que la luna se había cansado de visitarlos.

Una noche subió a la azotea con unos prismáticos. Miró entre dos anuncios luminosos y vio una claridad muy pálida.

—¿Luna? —gritó.

—Estoy aquí —respondió una voz cansada—. Vosotros no me veis.

Laia bajó corriendo y se lo contó al alcalde.

—No podemos apagar una ciudad entera para buscar algo que quizás no está —dijo él.

Entonces Laia empezó por su balcón. Apagó la luz exterior. El vecino de enfrente, intrigado, apagó la suya. La panadería desconectó el

rótulo cuando cerró. El bibliotecario orientó los focos hacia el suelo.

Cada noche se añadía alguien.

No dejaron las calles a oscuras. Cubrieron las farolas para que la luz fuera donde era necesario. Pusieron temporizadores en los escaparates. Conservaron encendidos los sitios importantes y apagaron los que no servían a nadie.

Al cabo de una semana, una estrella apareció sobre la plaza.

Al día siguiente había siete.

Después volvieron los murciélagos, que se comían los mosquitos. Llegaron polillas de colores que nadie recordaba. Los vecinos empezaron a cenar en los balcones para mirar el cielo.

La noche del gran apagón voluntario, toda la ciudad contó:

—¡Tres, dos, uno!

Las luces innecesarias se apagaron a la vez.

La luna estaba allí, redonda y clara. Nunca se había ido.

El alcalde miró el cielo con la boca abierta.

—Parece que hemos encontrado algo muy antiguo —dijo.

—No —respondió Laia—. Hemos dejado de taparlo.

Desde aquel día, Claror seguía teniendo luz, pero ya no la utilizaba para borrar la noche.